



## TARDE QUINQUAGÉSIMASEGUNDA.

DE LAS PROPIEDADES COMUNES A TODAS LAS COSAS.

### § I.

De la esencia, de los atributos y de los predicados accidentales.

TEOD. — Hoy, amigo Silvio, tenemos unas materias que os han de dar mucho gusto, y han de interesaros mucho, porque son de vuestro genio. No obstante, aunque pretendo lisonjearos como á amigo, solamente me detendré en ellas en lo que juzgare útil para Eugenio. Son estas unas materias importantes, que los antiguos solian mezclar y desfigurar con mil cosas inútiles, aunque delicadas. Yo que no quiero preciarme de delicadeza en los discursos sino de solidez, y que al presente no atiende á vuestra vana lisonja, sino á la útil instruccion de Eugenio, me tomaré la libertad de hacer una grande anatomia, separando lo útil de lo

inútil, y añadiendo lo que por esperiencia propia veo que es preciso.

SILV. — Ya os dije que en estas conferencias atendais á sola la utilidad, y que no nos detengamos en delicadezas de solo gusto.

TEOD. — Esto es lo que os pido con instancias, porque no quiero perder el tiempo precioso en que puedo gozar de vuestra instruccion.

EUG. — Entrando pues á hablar de todas las cosas en comun habeis de saber, Eugenio, que en cualquiera de ellas podemos considerar tres clases de predicados, unos que forman su *esencia* y pertenecen á esta; otros que nacen de la esencia y se llaman *atributos necesarios*; otros que por acaso se hallan en ella, y á estos llamamos calidades accidentales. En esto no hay controversia en las escuelas. No obstante, los que discurren y hablan sin reflexion (aunque mucho hayan leído y discurredo) truecan y confunden la esencia con los atributos, y no distinguen entre estos y las calidades accidentales: por esperiencia tengo visto que de aquí nacen mil disputas inútiles y mil consecuencias erradas con apariencia de buenas. Yo, amigo, comparo el discurrir con el cantar y con el andar. El que canta, si deja el compas, luego se pierde, aunque tenga buenas todas las demas circunstancias. El que anda ó corre, si no sigue las reglas que ya os dí del centro de gravedad, cae en tierra cuando menos lo espera. Esto sucede en el discurso. Debe observar este ciertas reglas y medidas; y si las desprecia saldrá caviloso y errado.

EUG. — ¿En qué consiste esa importante dife-

rencia de la esencia, atributos y calidades accidentales?

TEOD. — Hemos de suponer que los predicados esenciales no repugnan entre sí, pues de lo contrario no se podrían juntar, ni unos nacen de otros, porque si nacieran ya serían posteriores á la esencia, y pasarían á ser *atributos*. En esto pone Wolff la esplicacion de los predicados esenciales<sup>1</sup>. Yo me esplico de otro modo, que me parece mas claro, y digo que llamamos predicados esenciales *los que se conciben desde luego que formamos idea del objeto*.

Llamamos atributos *los predicados que se conciben despues de los primeros, y de estar completamente formada la idea del objeto*; pero estos infaliblemente nacen de los primeros.

Llamamos calidades accidentales *los predicados que no nacen de los primeros y por casualidad se hallan juntos con ellos*.

Los ejemplos esplican bien lo que digo. El triángulo equilátero tiene muchos predicados de las tres clases: el número de tres lados unidos y la igualdad de ellos son la esencia, porque hasta concebir estos dos predicados no tenemos idea del *triángulo equilátero*; pero así que concebimos *tres lados unidos y la igualdad de ellos*, tenemos la idea del triángulo equilátero. A los tres lados unidos se siguen tres ángulos, ahí teneis un atributo: despues de los tres ángulos se sigue la *equivalencia á dos rectos*, otro atributo. De la *igualdad de los lados* se sigue

<sup>1</sup> Ontol. § 145. *Quæ in ente sibi mutuo non repugnant, nec tamen per se invicem determinantur essentialia vocantur.*

la *igualdad de los ángulos*, ya tenemos otro atributo. No obstante, no se conciben estos predicados desde luego que formamos la idea del objeto. Se conciben despues por discurso mas ó menos largo: por esto ya no son predicados esenciales, estan fuera de la esencia, y se llaman meramente atributos. Ademas de esto puede ser el triángulo equilátero de mayor ó menor tamaño; pero como este grandor determinado no es cosa que nace de la esencia ni de los atributos, y solamente por casualidad se halla en el triángulo equilátero, se llama el tamaño una calidad ó *predicado accidental*. Creo que entendeis bien esto.

EUG. — Con facilidad.

TEOD. — En todas las cosas que fueren objeto de vuestros discursos reparad bien en lo que es *esencia*, en lo que son atributos, y en lo que son predicados accidentales; porque os aseguro que he asistido á muchos discursos y disputas de hombres entendidos que se veian muy embarazados. Siendo la raiz y causa de esto la confusion de unos predicados con otros.

SILV. — Tengo en vuestra esplicacion una dificultad que os quiero esponer, porque su solucion podrá servir á Eugenio. La igualdad de los lados es en el triángulo una cosa accidental: ¿cómo decís que pertenece á la esencia?

TEOD. — Ya tenemos aquí el caso de equivocacion que yo decia. No confundais, Silvio, *triángulo* simplemente con *triángulo equilátero*. Al simple triángulo le es accidental tener ó no tener iguales los tres lados; pero el triángulo equilátero le es co-

sa esencialísima. Advertid bien esto, Eugenio: bien puede ser un predicado accidental á otro, y resultar de los dos juntos una esencia, v. g., de vara y torcedura resulta la esencia de arco, y no obstante que á la vara la es accidental la torcedura, es cosa esencialísima para ser arco, porque este comprende en sí *vara y torcedura*. Del mismo modo la distancia igual, respecto de un punto, es cosa accidental á toda *línea curva*; pero es cosa esencial para ser círculo, porque este en su idea dice *línea curva cerrada, cuyas partes distan igualmente de un punto*; por lo cual los mismos predicados accidentales son predicados esenciales; mas con esta diferencia, que son accidentales entre sí mutuamente, y son esenciales al objeto que resulta ó se compone de ellos.

EUG. — Entendí esa diferencia con los ejemplos que pusisteis.

TEOD. — En concibiendo vos bien una cosa sin hacer mencion de un predicado, ya este no pertenece á su esencia, pues no se puede concebir bien cosa alguna sin aquello que entra en su esencia ó idea. Si no pudieréis concebir una cosa sin que concibais dentro de ella algun cierto predicado, no hay duda que pertenece á la esencia.

SILV. — ¿Qué quiere decir *dentro de ella*? porque me parece que ahora pusisteis esa palabra de propósito.

TEOD. — Muchas veces tiene una cosa tal parentesco y relacion con otra, que la una no se puede concebir sin la otra. Yo, v. g., no puedo concebir pobreza sin concebir dinero, ni paciencia sin concebir trabajo, por ser cosas que dicen relacion unas

á otras; y no obstante, ni el dinero entra en la esencia de la pobreza, ni el trabajo en la de la paciencia, porque no se conciben dentro sino fuera del objeto. Cuando yo hago idea de *pobreza* digo *esclusion de dinero*. Aquí no entra el dinero á componer la *pobreza*, es un término distante al que se refiere la *esclusion*, y no puedo concebir *esclusion* sin objeto de esta *esclusion*. Lo mismo digo de la paciencia que dice relacion al trabajo; pero el trabajo está fuera de la paciencia á la cual dice orden. Tambien en esto se confunden algunos, no poniendo cuidado en lo que se concibe, como parte que compone una cosa, ó como término al cual se refiere. *Padre* se refiere á *hijo*, y no se compone de hijo; *mayor* se refiere á *menor*, y no se compone de menor, etc.

EUG. — Quedo advertido con vuestro aviso.

TEOD. — De aquí se infiere que es muy facil conocer la esencia *ideal ó metafísica* de cualquier cosa, aunque sea muy difícil conocer la esencia física ó real. Llamamos esencia metafísica ó ideal la esencia de cualquier cosa, como nosotros la concebimos en nuestra idea, y llamamos esencia física ó real la esencia de cualquier cosa como ella es en la realidad. Ahora se ve bien que un hombre que repara en lo que concibe sabe las ideas simples que juntó para formar aquella idea compuesta. Dios nos libre de ideas confusas, en las que concebimos una cosa á bulto sin reparar en lo que hay dentro de ella. Debemos, en cuanto sea posible, usar de ideas distintas, en las que reparemos bien de qué partes las formamos. Hablando ahora de la esencia real y fi-

sica tiene esta mucha dificultad para conocerse.

SILV. — En reparando en el género y en la diferencia al instante se conoce, y de este modo definimos al hombre *animal racional*, al caballo *animal hinible*, al león *animal rugible*, etc.

TEOD. — Y por consiguiente podemos definir al perro *animal latrable*, al gato *animal mayable*, al bujío, especie de mono, *animal que puede hacer mogingangas*, y al lobo *animal ahullable* (permítase este aire de chanza para explicar bien lo ridículo de estas definiciones, que por muchos años han pasado impunemente por buenas entre los filósofos): por cierto que son galanas definiciones. Tiene el caballo, por ejemplo, mil predicados. ¿Quién os ha dicho que el poder relinchar, que esto significa *hinible*, era la raíz y origen de todos los demás predicados. ¿Cuándo no es bueno, ni de los finos el caballo que relincha? ¿Qué privilegio tiene la voz de cualquier animal para que la facultad de arrojar ese sonido sea su esencia y todo lo demás solamente predicados? Muchos definieron físicamente al hombre *animal de dos pies y sin plumas*; y por este medio tenemos al murciélago en la clase de los hombres, porque tiene dos pies y carece de plumas. ¡Hay cosa más indigna que ir á reparar si tiene ó no tiene plumas para explicar la esencia del hombre! Hablemos, amigos, sin atención á las escuelas: nosotros nada vemos en las cosas sino los accidentes y los efectos. Esto, si bien se considera, no se puede negar; de los efectos, pues, vamos cavando con el discurso para conocer algunas propiedades que les corresponden. De estas propiedades y de los acci-

identes hacemos un agregado, y á este agregado ponemos un nombre, y de este modo vienen á pertenecer á la esencia física y real los accidentes y propiedades que allí ponemos. Una cosa no obstante debemos observar, y es, que siguiendo la comun opinión de las gentes, cuando una propiedad ó accidente es poco considerable respecto de otros, aun cuando falte, dicen que no son de la esencia; pero si es muy considerable, dicen que pertenece á la esencia: por esto no es fácil distinguir bien las especies de las cosas; porque como no vemos en ellas sino efectos y accidentes, cada uno tiene la libertad de hacer más ó menos caso de alguno, y de poner ó no poner en él la diferencia específica. Pongamos un ejemplo: entre los caballos y leones hay diferencia específica, esto es, son diversas especies de animales cuadrúpedos, porque se distinguen notablemente en los accidentes y en los efectos. Lo mismo digo entre los perros y gatos, etc. Pero ¡cuántas clases hay de perros! Los galgos, los podencos, los gozques, los de presa y los perdigueros; los chinos, á los que un amigo mio llamaba con gracia y juicio *perros desnudos*; los de falda, los dogos, los de aguas, etc. Si preguntamos, Silvio, á algun filósofo viejo, si estos canes tienen esencia diversa, se verá aturdido; porque si dice que sí, tendrá muchas veces que poner la esencia en tener el pelo más largo ó más corto, la nariz derecha ó quebrada, etc., que son unos meros accidentes; y según este discurso los hombres de América, los de Africa, los de la India y los de Europa tendrían esencia diferente. Y entre estos los de Alemania, los de Polonia y los de

Portugal, porque unos son negros como los de la costa de Africa, otros pardos como los de América, otros pajizos como los de la China, otros blancos como los de Europa, y entre estos unos rojos de cabello y altos como los alemanes; otros mas pequeños como los japones, etc. Mas diferencia hay entre un negro de Angola y un alemán, que entre dos especies de perros de los menos distantes: y con todo eso ninguno da á los hombres especie ó esencia diferente.

SILV. — No obstante nunca vemos nacer de dos galgos un perdiguero, v. g.; señal de que tienen esencia diversa, y diferente especie sustancial.

TEOD. — Tampoco he visto yo que de negro y negra naciese un bello y gallardo alemán blanco y rubio.

SILV. — Pues diremos que esas especies de perros no son diversas. Si respondiera esto ese filósofo viejo, ¿qué inconveniente le hallaríais?

TEOD. — Entonces quiero que me diga en qué consiste la diversidad que es suficiente para hacer una especie sustancialmente diversa de la otra. Mayor diversidad vemos entre un galgo y un perro de falda, que entre un lobo y un perro de presa; y no obstante, diría que el lobo se distingue esencialmente del perro. Además de que todo lo que le hace distinguir una especie de otra no son mas que los accidentes esternos y las acciones. Ahora bien, tan fuera de la esencia está en la opinion de los antiguos un accidente como diez mil accidentes, una acción como muchas. Quisiera yo saber si basta la diversidad de un accidente ó acción para hacer especie

sustancialmente diversa, ó si no bastan mil. Si dice que no basta una, mas que bastan mil, me hará el gusto de decirme, qué número de accidentes es el preciso para la diversidad sustancial y la esencia diversa. Trabajo le mando en asignar este número para decir que menos de él no hace diversa la esencia, y que llegando á ese número la hace, habiendo un solo grado de diferencia de número á número.

EUG. — Teodosio, y ¿qué es lo que decís en este caso?

TEOD. — Yo digo lo que he dicho: que hacemos un agregado de todos los accidentes y efectos que vemos en cualquier cosa, y de ese agregado hacemos su esencia. Faltando una parte, si esto en comparación de las demás merece mucha atención, decimos que ya es esencia diversa: si la parte que falta no es muy considerable, atendiendo á las demás, decimos que aun se conserva la misma esencia y especie. Por esto en el hombre el color, la estatura alta ó pequeña etc., no hacen mudar de especie; porque esos accidentes no merecen atención, comparados con los demás que tenemos en el hombre, como son: su discurso, libertad, inteligencia y demás acciones. En los perros las mas pequeñas circunstancias se hacen considerables; porque comparando las que faltan con las que quedan hacen diferencia notable.

EUG. — Ya percibo lo que deseaba saber.

TEOD. — Concluyendo, pues, el punto principal, digo, que la esencia real y física de cualquier cosa por solos los efectos y accidentes se conoce; pero la esencia ideal metafísica se conoce fácilmente repa-

rando en las ideas que yo junto á mi entendimiento cuando concibo la tal cosa; por lo que, hablando de esencia y de atributos, es mejor usar de ejemplos de geometría ó de moral, que de ejemplos físicos; porque como en estos está la esencia oculta bajo los accidentes, son mas confusas las ideas, y no es tan facil de conocer la esencia como en el triángulo, v. g., y el círculo, ó en el vicio y la virtud etc.; porque en estos las ideas son claras, distintas y formadas á nuestra voluntad en la cabeza para saber lo que en ellas pusimos. Pasemos adelante.

EUG. — Mucho me agrada esa diferencia entre esencia ideal y esencia real; porque me da á entender la diferencia de una cosa en el estado que tiene sin dependencia de mí, á esa misma cosa en el estado en que yo la pongo.

TEOD. — Aun hay otra diferencia bien grande entre la esencia *ideal* y la *real*; porque la esencia ideal es inmutable, la real y física es mudable.

SILV. — Nunca esperé oír semejante heregía filosófica. Esencia mudable es cosa ináudita, es blasfemia física.

TEOD. — Sosegaos, que despues de esplicarme, tal vez convendreis conmigo. La esencia ideal, amigo mio, es inmutable, porque yo puedo ya juntar, ya sacar un predicado de aquellos que yo pongo en mi idea: v. g. puedo concebir solamente tres lados unidos, ó concebir tambien la igualdad, ó añadir todavía la rectitud de las líneas; pero no hace mudar la esencia; hace que yo conciba ya una cosa, y ya otra; porque de un modo concibo simple *trián-*

*gulo*, de otro *triángulo equilátero*, de otro *triángulo equilátero rectilíneo*, que son tres diversas ideas y diversas cosas y esencias; pero cualquiera de estas tres cosas siempre tuvo y tendrá lo que corresponde á su idea: y si pierde ó se la quita alguna parte á esa idea, ya no es la misma cosa, es otra mas general y mas amplia. ¿Concordais en esto?

SILV. — Mi duda solo está en la *esencia mudable*: esto es lo que jamas he oido.

TEOD. — La esencia física y real es una coleccion de todos los predicados que el objeto realmente tiene, y que, como arriba dije, no nacen de otros. En cuanto á la mudanza, está en poco, y no merece grande estimacion lo que se muda respecto de lo que no se muda: de esta cosa decimos que es la misma en opinion comun: v. g. si el hombre pierde un brazo ó una mano, es el mismo hombre, no obstante que su cuerpo y su alma son su esencia física; pero si lo que se muda es una parte considerable respecto de lo que no se muda, entonces decimos que aquella cosa ya no es la misma. En este sentido, pues, bien veis, Silvio, que la esencia física es mudable como yo decia.

SILV. — Sea como quisiéreis, que no os entiendo. Toda vuestra doctrina es contraria á aquella con que me criaron. Vamos adelante.